

SOLIDARIDAD DE DESTINOS

Textos del P. José Kentenich
puestos a disposición por Editorial Patris.

ÍNDICE

Texto I: ACTA DE PREFUNDACION (27.12.1912)

Texto II: Plática con ocasión de las bodas de plata sacerdotales (15.8.1935)

CARTAS DEL CARMELO

Texto III: Carta a comienzos de diciembre de 1941

Texto IV: Carta del 24.12.1941

Texto V: Carta de Navidad 1941

Texto VI: Carta del 9.2.1942

CARTAS DESDE NUEVA HELVECIA (URUGUAY)

Texto VII: Carta de agosto de 1947

Texto VIII: Carta del 27.12.1948

Texto IX: Texto de la época posterior a Dachau

Texto X: Plática en el santuario de Bellavista (31.5.1949)

Texto XI: Jornada de Octubre de 1950

Texto XII: Crónica de 1955

Texto XIII: Carta del 17.1.1955

Texto XIV: De una plática del año 1963

Texto XV: Alocución durante el almuerzo (Roma, 16.11.1965)

Presentación

Uno de los aspectos más característicos de Schoenstatt y que más suele llamar la atención a quienes toman contacto por primera vez con él, es la fuerte vinculación de los miembros del Movimiento con su fundador, el Padre Kentenich. Sin embargo, si se tiene en cuenta el proceso que entraña la fundación de una obra, esa relación resulta de algún modo natural. Como puede comprobarse en innumerables comunidades a lo largo de la historia de la Iglesia, el proceso fundacional crea un estrecho vínculo paterno-filial. En el caso de Schoenstatt lo más novedoso no es tanto la intensidad afectiva de ese vínculo, sino el tipo de relación que se gestó entre los miembros del Movimiento y el fundador, como "cabeza" o autoridad máxima del mismo. El modo en que el Padre Kentenich ejerció su autoridad de fundador originó una singular comunión. Sin duda que el

Padre Kentenich se adelantó a lo que hoy, después del Concilio Vaticano II, es una meta consciente y clara para toda la Iglesia: ser signo e instrumento de unidad y comunión entre los hombres. La Iglesia-Comunión fue una vivencia central durante el período de fundación de Schoenstatt. Permanece, por lo mismo, como tarea determinante para su futuro.

El nervio vital de esta vivencia de comunión y mutua solidaridad lo constituye, como lo acabamos de indicar, el modo en que el Padre Kentenich ejerció su paternidad. Los primeros documentos del Movimiento ya lo testifican. Por ejemplo, en el Acta de Prefundación del 27 de octubre de 1912, dice a los jóvenes: "Queremos crear una organización. Nosotros, no yo. Porque en este sentido no haré nada, absolutamente nada, sin el pleno consentimiento de ustedes" (Doc. de Sch. n. 21). Esta afirmación revela un modo de proceder extraordinariamente novedoso para su tiempo, pero también tremendamente actual. El Padre Kentenich concibe la autoridad no sólo como un servicio a los suyos. El muestra, además, una clara voluntad participativa: quiere que los miembros de su comunidad se sepan y se sientan co-gestores en una obra que es común. No los toma en cuenta por simples motivos tácticos, sino porque Dios le manifiesta su voluntad a través de ellos y porque se los ha dado como co-fundadores. Por otra parte, una y otra vez destaca cómo él personalmente se sabe enriquecido con su aporte: "Ustedes pueden decirse a sí mismos, todos ustedes, los que me han requerido -ya sea abierta, ya calladamente- todos pueden decirse: sin mí, él no habría llegado a ser personalmente lo que es hoy día" (15.8.35).

El resultado fue una "entrañable solidaridad y entrelazamiento de destinos", una profunda comunión de vida y de destino entre el Padre Kentenich y la Familia. Fueron múltiples sus expresiones a lo largo de la historia de Schoenstatt: el "Jardín de María", los "actos de séquito", la "incorporación y asemejamiento" al fundador, la "corriente del Padre" etc. Fue esto lo que animó a la Familia en su aspiración a la santidad, lo que afirmó su unidad y despertó en ella una gran responsabilidad por la misión común, infundiendo en sus filas un vigoroso espíritu apostólico.

El Padre Kentenich encarnó ejemplarmente lo que fue su orientación básica respecto a la autoridad: "Sustentamos un claro principio de autoridad y lo ejercemos democráticamente". Su posición en la Familia, como reflejo del Padre Dios e instrumento de Cristo Jesús, es de autoridad. El es "la cabeza" de la Familia: su principio de vida, de unidad y de vitalidad. Pero ejerció su autoridad "democráticamente". Es decir, reconoció en cada uno de los suyos un regalo de Dios. Los dignificó e hizo partícipes de sus decisiones, compartiendo con ellos la conducción de la Familia. Les confió responsabilidades, tomando muy en serio la voz del Espíritu que se manifestaba en su ser y en su alma.

Los textos que transcribimos a continuación -nos basamos en una primera recopilación hecha por el Padre Juan Pablo Catoggio- tienen por

objeto dejar hablar al mismo Padre Kentenich a fin de explicar e ilustrar con sus propias palabras lo que acabamos de afirmar. En general se trata de textos autobiográficos. Muestran cómo él concibió y vivió en la práctica la "solidaridad de destinos" con la Familia y cómo ejerció su paternidad. Son textos que iluminan nuestro camino como hijos suyos y continuadores de su obra.

Los puntos suspensivos entre paréntesis indican que se han suprimido frases o párrafos que desarrollaban otras ideas no atinentes al tema mismo. Los textos fueron ordenados cronológicamente. Los precede un breve comentario .

P. Rafael Fernández A.

Texto nº I:

ACTA DE PREFUNDACION (27.12.1912)

La entrega generosa y sacrificada del corazón paternal del Padre Kentenich convirtió su obra en una gran Familia. Desde un primer momento él se puso a total disposición de los suyos y se dio a ellos con todo su corazón. Al ser nombrado director espiritual, en 1912, les dice a los jóvenes en su primera plática programática -que actualmente conocemos con el nombre de "Acta de Prefundación"- lo siguiente:

Cuando el año pasado llegué a Ehrenbreitstein, el Padre Rector me pidió que atendiese las confesiones de ustedes, si así lo solicitaban. Pero me defendí con pies y manos, consiguiendo finalmente que me dejaran en paz. ¿Qué motivos tuve para ello? No quería ocuparme en nada de ustedes para poder dedicar todo mi tiempo libre y mis fuerzas a los laicos, especialmente a la conversión de los viejos y empedernidos pecadores. Quería dar caza a los llamados "corderos pascuales" y mi mayor alegría sacerdotal la sentía cuando venía uno de ellos, agobiado por el peso de una vieja carga acumulada con el correr de los años, de modo que el confesionario llegaba a crujir (...)

Y ahora me han nombrado director espiritual, sin que haya hecho absolutamente nada para ello. En consecuencia, debe ser voluntad de Dios.

Por eso acojo esta voluntad, firmemente decidido a cumplir del modo más perfecto mis deberes para con todos y cada uno de ustedes. Por lo tanto, me pongo enteramente a su disposición, con todo lo que soy y tengo, con mi saber y mi ignorancia, con mi poder y mi impotencia; pero, sobre todo, les pertenece mi corazón.

Texto nº II:

PLATICA CON OCASION DE LAS BODAS DE PLATA SACERDOTALES (15.8.1935)

El Padre Kentenich concibió siempre la paternidad como un servicio abnegado y desinteresado a la vida de los demás, a cada uno, según su manera de ser y su misión personal. Con profundo respeto leía el querer de Dios en el corazón de los que le habían sido confiados. Entendió su tarea de educador como una colaboración instrumental en la conducción de Dios. La misma experiencia de amor a los suyos fue la fuente permanente e inagotable de una plenitud paternal desbordante: no sólo daba él, sino que declara haber recibido mucho él mismo de quienes Dios había puesto bajo su cuidado paternal.

Cuando el Padre Kentenich celebra sus bodas de plata sacerdotales, sucede algo poco acostumbrado en él: manifiesta el deseo de celebrar el jubileo de sus 25 años de sacerdote con la Familia, celebración que se llevó a cabo el 15 de agosto de 1935. Reproducimos el texto completo de la plática que pronunció en aquella ocasión. Es un documento de gran valor que ilustra el modo en que él se veía como fundador y cómo recibía e incorporaba a los suyos en el ejercicio de su paternidad sacerdotal:

Mi querida Familia schoenstattiana:

Cuando, hace más o menos una o dos semanas atrás, circulaba la invitación para la celebración de mis bodas de plata sacerdotales, se oía susurrar en las filas de nuestros "viejos guerreros", de nuestros antiguos congregantes que desde un principio han trabajado junto a mí: "¿Cómo es esto? ¿Se dan todavía prodigios y milagros? ¿Es posible? ¿Cómo se las han arreglado en Schoenstatt para organizar una fiesta?". Y cuando comenzaron a llegar algunos de los antiguos, naturalmente la primera pregunta era: "¿Cómo fue posible?". Y la respuesta: "Servía a la causa, por eso él consintió".

No sé si fue este el motivo último por el cual no sólo permití la celebración sino que, incluso, la deseaba ardientemente. Son verdad las duras palabras que tan a menudo tengo en los labios: "¡Allí donde estoy, allí muero!"; "¡el abanderado no es nada, la bandera lo es todo!". Si esto vale para ustedes, también vale para mí. Tenemos que servir a la causa; la propia persona es secundaria y lo que exige la causa uno tiene que entregarlo.

Sé, y lo he experimentado junto con ustedes, hasta qué punto nuestras fiestas familiares afianzan siempre más estrechamente nuestros lazos comunitarios y cómo con ellas se ha fortalecido la fidelidad a nuestra causa, a nuestra Madre tres veces Admirable y también entre nosotros mismos. ¿Percibimos acaso que el deber de conformar una profunda comunidad es hoy día más necesario que nunca, puesto que las circunstancias de la época separan tan radicalmente a los hombres entre

sí y, además, presagian un futuro difícil y oscuro, que con el tiempo se prepara a lanzar rayos? Es posible que vengan tiempos difíciles. Y en verdad, cuanto más difíciles los tiempos, tanto más estrechamente debemos cerrar filas y constituir una única y gran Familia, llamada por Dios a consumirse en tales arduos tiempos por la Iglesia del Señor, por el reino de la Santísima Virgen.

Todas éstas son razones válidas, pero no son el motivo más profundo para dar un sí alegre y anhelar la celebración.

En forma jocosa se ha expresado lo que a mí propiamente me mueve. Es cierto, yo celebro mi jubileo con ustedes. Pienso en todos los que han trabajado conmigo durante estos 25 años. Sí, los he invitado a celebrar su jubileo. ¿No es cierto que con el tiempo se ha llegado a realizar lo que Dios había previsto desde toda eternidad? No sé si existe, en la época actual, otra comunidad como la nuestra en la cual el destino de sus dirigentes esté tan estrechamente vinculado con el destino del director de la Familia como sucede entre nosotros. Y lo que Dios ha unido no debe separarlo el hombre: Deus iunxit homo non separet. Por esto pueden comprender que acepto todo lo que hoy han expresado en los himnos de agradecimiento, sobre todo su sencilla fidelidad. Con emoción acepto todas sus palabras, pero las remito a la dirección a la cual estaban destinadas desde un principio: pienso en ustedes y en nuestra querida Madre tres veces Admirable.

Quizás me pregunten: ¿Por qué este agradecimiento? ¿A quién debo agradecer? Agradezco a los muertos, agradezco a los vivos; agradezco a las generaciones futuras.

Agradezco a los muertos. Tan hermosamente como comenzó esta mañana nuestra fiesta, así queremos que llegue a su fin. Nuestros muertos no han muerto, están con nosotros en este día. La obra que ha surgido aquí es, al mismo tiempo, obra de todos los que han colaborado conmigo. No se puede pensar en mí sin pensar en ustedes. La obra entera no se puede explicar sin su profunda ayuda y cooperación personal. Esto vale, en primer lugar, de nuestros difuntos. ¿En quiénes pienso al decir esto? ¿Debo traer a la memoria a nuestros congregantes héroes? No quiero nombrar a ninguno para no ser injusto con nadie. Por cierto que aquí también entran nuestras Hermanas de María difuntas. Todos nos acompañan en este día; lo que ha surgido aquí es, también, obra de ellos.

Cuando elevamos himnos de agradecimiento al cielo, no debemos olvidar la dirección a la cual deben ser dirigidos. ¿No entregaron nuestros congregantes héroes, nuestras Hermanas de María difuntas, en una fidelidad abnegada y sin límites, hasta lo último de sus vidas por la obra común? ¿No regaron, muchos de ellos, esta tierra de Schoenstatt con su propia sangre? En muchos se hace presente el fruto y la eficacia de sus vidas santas, de su entrega abnegada y sacrificada: Ellos continúan

actuando a través de su heroico ejemplo; continúan actuando porque encarnan, en parte heroicamente, lo que hoy brilla como gran ideal en el firmamento de nuestras vidas. Esto es lo que nos infunde esperanza en Dios y lo proclamamos con inmensa gratitud: Ellos continúan actuando a través de su intercesión, uniendo sus plegarias a las de la Madre tres veces Admirable de Schoenstatt.

Sí, los himnos de agradecimiento deben resonar aún con más fuerza que hasta ahora. También queremos y debemos elevar un canto de gratitud a Vicente Pallotti. El también pertenece a los que tienen derecho a llamar a Schoenstatt su hogar. El fundó una comunidad en la cual sus pensamientos y metas se mantuvieron vivos en forma más o menos consciente. Por su realización nosotros entregamos todas las fuerzas de nuestra vida. Por su vida de sacrificio, él contribuyó enormemente a nuestro Capital de Gracias.

Esta corriente de bendiciones continúa actuando aún hoy en nuestra Familia. Por ello repito: todo lo que ustedes han elevado al cielo en gratitud, lo recojo y dirijo hacia la eternidad, hacia los que murieron por nosotros y que siguen viviendo en el cielo para nosotros.

Un agradecimiento, una palabra de gratitud, quiero y debo también dirigir a los vivos. Pienso aquí en todos los que en el transcurso de estos 25 años, o en gran parte de ellos, han unido su destino con el mío. Lo repito una vez más: busquen ustedes en la actualidad una segunda comunidad donde ésta haya llegado a ser tanto espíritu del espíritu y carne de la carne de cada uno de sus miembros como entre nosotros. ¿O estoy exagerando? ¿O piensan que trato de alejar y distraer, a través de un par de maniobras tácticas, de todo lo que de suyo es desagradable? No, ésta es mi convicción: toda la obra que ha surgido es, en igual forma, tanto obra de ustedes como mía.

No sé por dónde debo comenzar. Ya que toda la celebración posee un carácter familiar, no tomarán a mal si hablo, de vez en cuando, y más de lo que acostumbro, en primera persona. Presten atención y traten de pensar en todos los que poseen alguna responsabilidad en la Familia, en la generación antigua y en la intermedia, en los sacerdotes de Schoenstatt, en las Señoras, en las Hermanas de María. Para la gran mayoría, quizás sólo con una excepción, sus destinos estuvieron, durante decenios, unidos al mío. Creo no equivocarme al afirmar que el llamado a Schoenstatt estuvo notoriamente vinculado a un primer encuentro personal. Les agradecería si luego confirmasen estas afirmaciones, porque me importa mucho que nos sintamos interiormente entrelazados unos con otros, tal como lo ha querido el Dios Uno y Trino desde la eternidad: "Quod Deus iunxit homo non separet". Nuestra fidelidad recíproca se hará tanto más profunda y vigorosa cuanto más claramente percibamos la forma singular en que Dios ha entrelazado el destino y la vida de cada uno. Y bien, ¿dónde y cuándo ocurrieron esos encuentros? Sería una falta de tacto si

tan públicamente se descorrieran los velos de tantos secretos. Si pienso en la primera generación, en todos los que actualmente, en forma inmediata, colaboran conmigo, es evidente que su entrega filial encontró una respuesta en mi vida y que toda su vida está unida con mi pensar y querer. Y también cuando pienso en la primera generación de nuestros sacerdotes de Schoenstatt o de nuestras Hermanas, sé que el primer acercamiento (a Schoenstatt), en la mayoría de los casos, surgió de una jornada o de una conversación personal. Y creo poder mostrar en detalle lo que pasó en cada uno: allí comenzó a actuar la gracia, allí se estableció el contacto mutuo y, a partir de allí, la relación mutua se hizo extraordinariamente fecunda.

Sí, mi querida Familia schoenstattiana, esta primera vinculación, por regla general, se hizo luego, de modo muy especial, profundamente eficaz y viva. Toda la gran obra -a la que ahora contemplamos con admiración- creció a partir de este trabajo personal y comunitario, íntimamente solidario.

¿Acaso tomarían a mal si trato de mostrar, por una vez, brevemente, su participación en esta obra? En primer lugar, debo confesarles que ustedes mismos han ejercido una influencia extraordinariamente fuerte en mi propio desarrollo personal. Es verdad lo que en una ocasión dijera en broma uno de los nuestros -uno de los "glotones", que corren tras cada conferencia y tratan por todos los medios de obtener una plática más para su colección... Y cuando una vez dije: "las pláticas no deben circular", se oyó a alguien decir: "Todo eso lo ha aprendido él únicamente de nosotros"... El libro que leo es el libro del tiempo, el libro de la vida y el libro de la santidad de sus almas. Si ustedes no me hubiesen abierto sus almas tan francamente, nunca se hubiera alcanzado la mayoría de nuestras conquistas espirituales. Esto no se aprende en libros, únicamente se puede aprender de la vida. Y una Hermana de María también tenía razón cuando dijo, hace un par de días: "Porque nosotras dependemos tanto de usted, por eso se han despertado en su corazón tantas cosas que, de no se así, seguramente hubiesen permanecido adormecidas".

Si lo primero se refiere más a los conocimientos espirituales, lo segundo nos habla más del desarrollo de la capacidad del corazón.

Ayer en la tarde, uno de los antiguos, recordando el tiempo de la guerra, mencionaba que yo ya entonces debería haber tenido un corazón cálido, pues me preocupaba, sin hacerlo notar, de todo tipo de detalles: de un gorro, de un chaleco de lana, etc. Y es verdad; para la juventud de entonces, se despertó en mi corazón una gran calidez. Pero este desarrollo continuó, abarcando a todas las personas que Dios me ha confiado y que me han requerido.

Si quieren saber dónde se encuentra el secreto de esta sobreabundante fecundidad, puedo decirles que radica en esta profunda, íntima y mutua vinculación. Y a la pregunta que se hizo anteriormente, de dónde proviene esta riqueza del corazón y del espíritu, puedo responder lo siguiente: Un hombre que ama, que en definitiva ha puesto su amor, profundamente, en el corazón de Dios, en cierto sentido toma parte de la inconmensurable riqueza de su amor. Y si hay algo que no empobrece es amar, regalar la calidez del corazón. Y ustedes pueden decirse a sí mismos, todos ustedes, los que me han requerido -ya sea abierta, ya calladamente- todos pueden decirse: Sin mí, él personalmente no hubiera llegado a ser lo que es hoy día...

No deben pasar por alto este punto, esta línea de pensamientos. Nuevamente: Si quieren conocer la fuente de la riqueza del corazón y del espíritu, allí la tienen. Y es mi deseo que el Padre Dios -y por eso también ruego- conceda a las generaciones futuras tantas oportunidades de poder servir a las almas silenciosamente, como me las ha dado a mí. La mayor riqueza redunda en bien de aquel que se esfuerza por poner todas sus energías al servicio de los demás.

Pero esto aún no basta. Lo que pude leer en sus almas, constantemente me indicó el camino para determinar las tareas parciales a las cuales debíamos aspirar. Posteriormente, un historiador objetivo podrá investigar y comprobar críticamente que mi labor principal, en estos 25 años, ha sido señalar los grandes últimos fines y el esfuerzo consciente por mantenerlos. Pero el destacar los fines parciales, el mantenerlos y la lucha esclarecida por su realización, eso, mi querida Familia schoenstattiana, en forma rotunda, sería impensable sin ustedes. Y aquí comienza el profundo encadenamiento mutuo en el actuar y en el querer, en la vida y en el amor. Tan vivas están en mí estas cosas que, en la mayoría de los casos, puedo decir: esto y aquello proviene de éste y de aquél, es parte de su vida espiritual. Esta es la misteriosa fuente secreta de la profundidad de nuestra comunidad.

Bien saben ustedes que, en general, no he tenido tiempo para reuniones sociales, pero, a pesar de ello, la fidelidad nunca ha vacilado; y eso se debe a que esa vinculación íntimamente personal descansaba en este fundamento tan sólido.

Comunidad se da cuando los corazones palpitan al unísono. Y si se puede decir que nuestra Familia se destaca por la profunda unión de los miembros entre sí, en gran parte esto proviene de que la gran mayoría ha entregado a la Familia lo mejor de sí mismo. Y quisiera pedirle a cada uno que confiese con honradez y humildad -y si ustedes no lo saben, con gusto estoy dispuesto a decírselo en privado- cuánto existe y está vivo en nuestra Familia gracias a su heroica entrega personal. Y si ustedes quisieran agradecerme por algo, entonces debería ser únicamente por esto: porque me he esforzado por asumir y abrirle un camino a todo lo que

estaba brotando en ustedes; y porque, una vez que esa vida, de algún modo, había echado raíces en la comunidad, se proclamó como lema. Podría así decirles, quién fue, en aquel tiempo, el principal portador de nuestro movimiento misional. Yo, como constructor, iba edificando y donde veía que lo que estaba creciendo era sano, me retiraba totalmente, porque sabía que eso iba a seguir creciendo. También les podría señalar quiénes fueron los principales portadores de la organización exterior cuando ésta se fundó. Recuerden: Se puede demostrar con claridad que, principalmente por su colaboración, por su actividad, toda la organización que se gestó durante la guerra, -la Congregación Militar- pudo luego continuarse en tiempos de paz. Y un ejemplo clásico de esto lo tienen en el hecho que intencionalmente no fui a Hoerder, ya que para mí era evidente lo que de allí iba a resultar. Todo estaba ya preparado, porque cada uno había ido creciendo lentamente en la gran organización durante la guerra.

Mi querida Familia schoenstattiana, permítanme que, como corresponde, con gratitud y alegría, remita a ustedes los himnos de agradecimiento que han cantado.

Sé que con esto he descrito en general lo que a mí mismo me mueve personalmente. Podría entonar cantos de gratitud a todos los que no mencioné directamente entre los antes nombrados. Pienso en todos, también en la generación joven, en todos ustedes que, por el abundante incremento del Capital de Gracias, continuamente fueron los garantes de la Familia. Desde el inicio, siempre fue mi ideal no hacer nada en toda la Familia sin mis colaboradores. Este pensamiento rige todas mis acciones. Los otros organismos con los cuales yo no tengo contacto (directo), también actúan según la ley: "Nada sin nosotros". Algún día la eternidad nos va a mostrar cómo los más pequeños y más insignificantes de nuestra Familia han contribuido con bienes y más bienes, sin cuya heroica vida de sacrificios y de oración no podríamos imaginar la Familia con un espíritu como el que hoy posee. Sí, ¡nada sin ustedes!

No sé qué más debiera señalar todavía. ¡Imagínense!, nuestras Hermanas han vivido 10 años sin un reglamento escrito y, al mismo tiempo, se han extendido en un amplio campo de trabajo. ¿Cómo fue posible esto? Y si ustedes dan una mirada retrospectiva, se encontrarán con lo siguiente: No han perdido ni un ápice de los ideales primitivos. Ahora nuestras Hermanas mayores han madurado tanto interiormente que, paulatinamente, han ido comprendiendo lo que señalamos como programa hace 10 años. En las Hermanas de María puedo indicar con exactitud de cuál de ellas provino tal o cual corriente espiritual. Cada uno puede descubrirse a sí mismo, lo mejor de su alma, en la Familia, en todo lo que aspiramos. Esto es una pedagogía del ideal; una pedagogía del movimiento y una pedagogía del futuro.

¿Y no piensan que también debería mencionar aquí a los que trabajan conmigo, arriba, en la Casa de Ejercicios? Sin su fidelidad me

habría sido totalmente imposible abarcar tantos campos apostólicos. Observen cuánta vida y espíritu viene de la Casa de Ejercicios y cómo cada uno se preocupa de dar lo mejor de sí a la Familia.

Digámoslo nuevamente: todo lo que ustedes han cantado y expresado en los himnos de gratitud, quisiera recogerlo y elevarlo a la Santísima Trinidad para su gloria y también entregárselo a ustedes en agradecimiento.

Tampoco puedo olvidar a nuestra creciente juventud. Al observar hoy en la mañana los sacrificios que ha hecho, ¡cuán heroica promete ser! Lo que fueron nuestros antecesores, eso debemos serlo nosotros. Schoenstatt no puede crecer sin nosotros, sin nuestra juventud. Por esto saludo con especial cariño a esta impetuosa juventud masculina y femenina.

Recibí de nuestra juventud secundaria una carta de felicitación, y en ella resonaba el alma de toda la generación fundadora: "Queremos alcanzar el espíritu que vivió la primera generación y transmitirlo valientemente a la nueva generación. Como símbolo elegimos las tumbas de los congregantes héroes".

También nuestra juventud femenina se ha mostrado activa. No sólo la generación antigua, también la nueva generación debe considerarse incluida en mi gratitud. También ella celebra algo del jubileo: es su jubileo.

Asimismo, tengo que extender mis agradecimientos a los que aún no están en la tierra, pero que un día vendrán. Sí, ¿qué sería de Schoenstatt si las generaciones futuras no fuesen captadas y compenetradas del mismo espíritu que nos anima a nosotros? ¿No tiene que permanecer en la Familia como una ley inmutable el que cada generación ha de conquistar de nuevo a Schoenstatt? Y si éste mi agradecimiento a los que aún no viven, a las generaciones que vendrán en los siglos futuros, no encontrara una base en este desarrollo trascendental, en los tiempos venideros estaríamos -por decirlo en una sola frase- ante la tumba de nuestra Familia. Si en cada época, Dios no hiciese surgir hombres, que con los mismos medios y por los mismos caminos, aspirasen a las mismas metas, entonces habríamos construido algo efímero y no algo perdurable hasta el fin de los tiempos y más allá todavía. Sin embargo, confío que el mismo Dios, que nos ha protegido hasta ahora, y la Santísima Virgen, que ha extendido bondadosamente sus manos sobre la Familia, seguirán mostrando su gracia y bondad, y que, por nuestra fidelidad y esfuerzo en transmitir nuestra herencia sagrada a las generaciones venideras, nos enviarán en todos los tiempos personas que entreguen lo mejor de sus vidas y su sangre por Schoenstatt. A esas generaciones venideras quiero agradecer también desde este lugar.

Conozco, además, un segundo destinatario de mi gratitud. También ustedes lo conocen. Los agradecimientos que me han dirigido en estos días, y que yo les he devuelto, deben ser recogidos por toda la Familia y dirigidos al corazón de nuestra Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt.

Años atrás leí algo sobre la celebración del jubileo de un venerable y anciano sacerdote. Como sucede en estos casos, se recoge todo lo que se sabe sobre el festejado; y era mucho lo que se podía decir de aquel sacerdote. Al concluir todos estos himnos de gratitud, se levantó el sacerdote y explicó: "Sí, ustedes han mencionado muchas cosas que pude realizar en mi vida..." Y al terminar, aparecieron lágrimas en sus ojos cuando dijo: "Todo esto se lo debo a la Virgen María".

También sé que innumerables personas deben agradecer la reforma total de sus vidas a un encuentro con Schoenstatt; sé cómo muchos sacerdotes confiesan una y otra vez: "¡Qué hubiese sido de nosotros sin Schoenstatt!". Sería ingratitud no agradecer. También sé, y lo reconozco con alegría, que hay pocas vidas sacerdotales tan extraordinariamente bendecidas como lo ha sido la mía. Pero agrego al mismo tiempo: todo lo que ha surgido, lo que se ha realizado por mí y por ustedes fue hecho a través de nuestra querida Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt.

¿Puedo esclarecerles, etapa por etapa, las fuerzas que se hicieron presentes en cada una de ellas, cómo actuaban y qué era lo que se estaba forjando? En primer lugar tendría que decirles: la Santísima Virgen personalmente me formó desde mis 9 años de edad. No me gusta hablar de esto. Pero creo que, en este contexto, puedo referirme brevemente a ello. Si miro hacia atrás, puedo decir: no conozco a ninguna persona que haya tenido una influencia profunda en mi desarrollo. Millones de personas se derrumbarían si hubiesen experimentado la soledad como yo la experimenté. Tuve que crecer en una completa soledad interior, ya que debía germinar en mí un mundo que más tarde yo debía llevar y transmitir a otros. Si mi alma hubiese tenido contacto con el ambiente cultural de ese tiempo, o si alguna vez me hubiese atado personalmente a alguien, entonces no podría decir hoy, con tanta certeza, que mi educación es una obra exclusiva de la Virgen María sin que haya promediado alguna influencia humana profunda. Sé que con ello digo mucho. Sin embargo, no deben pensar que éstas son sólo frases para alabar alguna virtud de la Virgen María. Sé también que ella ha puesto a mi disposición, en forma singular, su omnipotencia suplicante y su corazón maternal. Esto lo han podido experimentar y comprobar históricamente también ustedes. Desde el instante en que ella se estableció en este Santuario, puso a mi disposición su poder y su corazón maternal para la obra que yo había de llevar a cabo. Y es también ella la que me los dio a ustedes como colaboradores.

Ustedes pueden comprobar cómo todo lo que hoy día tenemos ante nosotros nació de un profundo y sencillo amor a María. ¿No es verdad que tengo razón al pedirles que no olviden a Aquella que merece hoy día, en forma especial, nuestra gratitud?

Del mismo modo, tampoco puedo dejar de mencionar la sencilla promesa de fidelidad de ustedes. En verdad, si hay algo que me conmueve, eso es la fidelidad agradecida.

¿A quién debemos regalar esta fidelidad agradecida? ¡Cuán fuerte y energicamente resonó la palabra fidelidad! Me alegro y acepto con inmensa gratitud su fidelidad. Sé que no es fidelidad únicamente a mí, sino fidelidad a Dios y a la obra. Juntos testimoniaremos al final de la celebración -de su jubileo - esta promesa de fidelidad: Fidelidad a nuestra Madre tres veces Admirable de Schoenstatt, fidelidad a la obra y fidelidad de unos a otros.

Fidelidad a nuestra querida Madre tres veces Admirable. ¿No piensan ustedes -me dirijo a los hijos mayores de nuestra Familia- que la gran fecundidad de nuestra Familia, el hecho especial de haber podido desarrollarnos y crecer orgánicamente tan bien, a pesar de las luchas de nuestro tiempo, no creen que todo esto lo debemos a nuestra sencilla fidelidad a la Madre tres veces Admirable de Schoenstatt?

A ella queremos prometerle nuevamente fidelidad. A todos nos hace sentirnos llenos de júbilo -especialmente a quienes trabajan directamente conmigo- saber que la lucha en torno a Schoenstatt, en último término, se centra en nuestra devoción a María. Mientras podamos luchar por la Santísima Virgen todo está en orden. Observen el conjunto de las corrientes espirituales en la actualidad; tomen, por ejemplo, el movimiento juvenil o el movimiento litúrgico. Si no hubiese sido porque mantuvimos constantemente nuestro amor a María, sin duda que en gran parte hubiésemos sido víctimas de los extremos a que han llegado algunas corrientes espirituales.

Queremos permanecer fieles a la Santísima Virgen, pase lo que pase. En estos días ha llegado a mis oídos que se nos critica diciendo que damos a la Santísima Virgen el lugar que corresponde a Dios. No hay que preocuparse. Es algo maravilloso que hasta ahora hayamos podido desarrollarnos tan tranquilos. No sé si otras comunidades pueden hacer gala de una tranquilidad tan profunda como la nuestra. Es porque hemos permanecido fieles a la Santísima Virgen. Y aunque a veces pareciera que un rayo quiere aniquilarnos, mientras mantengamos la fidelidad a la Santísima Virgen, ella extenderá su manto protector sobre nosotros. Y si ella permite que aquí y allá nos alcancen rayos y truenos, que la Familia sea sacudida y zarandeada en todo sentido, tenemos que tener esta seguridad: mientras permanezcamos fieles, todo está en orden.

Permanecemos fieles a la Santísima Virgen, la Madre tres veces Admirable de Schoenstatt. Y cuando pronuncio la palabra "fidelidad" inmediatamente resuena con ella una promesa a nuestro pequeño Santuario. Recuerdo que cuando corrió la voz -hace algunos meses- de que se nos quería quitar el cuadro del Santuario, muchos dijeron: "Nadie entrará a nuestra capilla sin pasar antes sobre nuestros cadáveres". Agradecemos al Padre Dios que nuestro lugar de peregrinación está relacionado primariamente al lugar y no al cuadro. Los lugares no se pueden mudar tan fácilmente como un cuadro. De allí, la sencilla fidelidad a nuestra querida Madre tres veces Admirable de Schoenstatt.

Esta promesa de fidelidad se extiende también a nuestra obra común. No crean ustedes que ya la estamos terminando. Es algo extraordinariamente grande lo que tenemos ante nosotros como meta. Queremos ayudar a crear un nuevo tipo de hombre tal como lo necesita la Iglesia hoy día, para vencer interiormente las profundas conmociones de los tiempos; queremos formar una familia original, una comunidad santa. Nuestra obra debe hacer de nosotros hombres santos. ¡Ay de nosotros si somos superficiales; si miembros de nuestra Familia comienzan a ser parlanchines de Dios y no portadores de Dios! Tenemos que esforzarnos por la verdadera santidad. Fidelidad a la obra significa, por lo tanto, una constante lucha y aspiración al ideal de acuerdo al estado y al sexo de cada cual.

Hoy en la mañana me dijo uno de nuestros sacerdotes, al observar a nuestra juventud femenina: "¡Cuánta pureza irradia nuestra juventud femenina! ¡Qué gran cosa sería si pudiésemos salvar una sana y auténtica feminidad en el tiempo actual! Lo mismo vale para los varones, para nuestros sacerdotes. Ahora no quiero analizar esto; bástenos señalar el ideal de la fidelidad, el ideal del nuevo tipo de hombre; del tipo de hombre que aspira a la santidad y que está llamado a servir a la Iglesia en forma sobresaliente.

Queremos guardar fidelidad a nuestros difuntos. En este contexto, quisiera saludar especialmente a todos los que conmigo se han esforzado por la beatificación de José Engling. Sé lo que eso encierra. Sé lo que significa esta fidelidad a nuestros muertos para nuestra generación. Son grandes hombres los que han surgido de nuestra Familia. Queremos guardarles fidelidad. La fidelidad a ellos es fidelidad a nuestra Madre tres veces Admirable, a nuestro santuario, a nuestro ideal.

También queremos permanecer fieles a la generación venidera. Tenemos una misión frente a ella; tenemos una responsabilidad frente a ella y frente a la historia que viene. Por eso tratamos de incorporar a la juventud en el círculo de nuestra Familia.

Queremos también prometernos fidelidad los unos a los otros. He tenido mucha alegría con el ofrecimiento de un regalo de jubileo que me ha

presentado uno de nuestros sacerdotes: completar nuestra comunidad en el sentido de una familia schoenstattiana apostólica al modo de las órdenes. ¡Cuánta fidelidad mutua necesitamos los que vivimos en medio del mundo, sin estar atados los unos a los otros por la vida común; qué profunda fidelidad necesitamos para hacer realidad esa gran meta de una comunidad schoenstattiana y apostólica al modo de las órdenes en medio del mundo. Necesitamos fidelidad para que nuestra Familia llegue a conformar un todo orgánico en un tiempo en el cual existen tantas corrientes opuestas. Cuanto menos podamos llevar una vida comunitaria común, tanto más queremos prometernos mutuamente una sencilla fidelidad. Fidelidad por fidelidad; amor por amor.

Y con esto nuestro jubileo encuentra el término querido por Dios: su jubileo y el mío. ¡Quedamos en eso, permanecemos fieles!

En una ocasión, en un internado, un joven yacía moribundo. Sus labios agonizantes sólo podían decir: "Quedamos en eso..." El rector de la casa oyó las palabras pero no comprendió su significado. En su delirio, el joven repetía continuamente: "Quedamos en eso, por eso te prometemos nuevamente, Corazón de Jesús, a ti, eterna fidelidad".

Creo que éste debiera ser el acorde final: ¡Por eso te prometemos nuevamente a ti, tierra de Schoenstatt, eterna fidelidad! ¡Amor fiel hasta la muerte, te lo prometo a ti, con el corazón y con las obras! Lo que soy y lo que tengo te lo consagro a ti, mi tierra de Schoenstatt!

CARTAS DEL CARMELO

La paternidad del Padre Kentenich y la profunda unidad con su Familia quedaron especialmente de manifiesto cuando fue apresado por la Gestapo y, estando en la cárcel de Coblenza, decidió voluntariamente renunciar a recursos humanos para salvarse del campo de concentración. La decisión del 20 de enero de 1942 la tomó a partir de una arraigada "fe en lo sobrenatural y en el entrelazamiento de destinos" entre él y la Familia. Renunció a la libertad exterior para conquistar para Schoenstatt la gracia de la auténtica libertad de los hijos de Dios. Esto lo llevó al campo de concentración de Dachau, y condujo a la Familia a la altura de una aspiración heroica a la santidad. Las cartas de la prisión -así llamadas "Cartas del Carmelo"- nos trasladan a aquella hora y nos ponen en contacto con la grandeza de un hombre totalmente entregado a Dios y solidario con los suyos.

Texto nº III:

Carta a comienzos de diciembre de 1941

Mi alejamiento y mis cadenas son el precio de rescate por el cobijamiento y libertad de toda la Familia. Luchen por un verdadero arraigo

y libertad en Dios. Pero tengan en cuenta que somos libres para Dios en la medida en que nos hacemos libres de nosotros mismos, de nuestra propia voluntad y deseos. Yo me esfuerzo para que ustedes puedan estar orgullosos de mí. Cuiden de que yo también pueda estarlo de ustedes (...)

Visiten el Santuario diariamente por mí y pidan a la Santísima Virgen, en mi nombre, que ella permanezca fiel a la Familia y nos implore - para mí en primer lugar- un ardiente amor a la cruz y al Crucificado.

Texto nº IV:
Carta del 24.12.1941

Que nuestra Familia se convierta en foco y hoguera ardiente de un amor auténtico, creador, enaltecido y universal. Por un bien tan grande ningún precio es demasiado alto, ni siquiera la pérdida de mi libertad y la renuncia a las alegrías exteriores. ¡Gustoso pago este precio de rescate y cualquier otro que Dios desee y exija, siempre que nuestra Familia sea santa y fecunda hasta el fin de los tiempos!.

Texto nº V:
Carta de Navidad 1941

De todo corazón dono gustoso al Padre Dios la pérdida de mi libertad. Estoy dispuesto a soportarla en todas las formas posibles, hasta el fin de mi vida, si con ello pago el precio necesario para la permanencia, la santidad y la fecundidad de ustedes y de toda la Familia, hasta el final de los tiempos.

Lo que aspiramos alcanzar con nuestra Familia y cómo lo queremos lograr es algo tan inmensamente grande, que sólo se puede alcanzar con gracias extraordinariamente grandes. Esto no deben olvidarlo nunca. Quien ama a la Familia se considera feliz de poder darlo todo por ella. Lo más valioso que posee el hombre es su libertad. Con sincero y ardiente amor ofrezco esta libertad, para que el Padre Dios les regale, con abundancia y para todos los tiempos, el espíritu de libertad de los hijos de Dios que tan ardientemente he anhelado para ustedes (...)

Mi estadía aquí es una prueba mayor para ustedes que para mí; así como mi destino es el destino de la Familia. Estoy aquí no por causa mía o por causa de alguna torpeza, sino por causa de la Familia, tanto de los más próximos como de los más lejanos. Por eso la Familia está prisionera conmigo y en mí (...) Por eso tienen que aprovechar la prisión como yo lo hago, como una suerte y un destino personal. Eso hacen si se consumen como hasta ahora por los ideales de la Familia, con inquebrantable fidelidad, aún cuando vengan nuevas pruebas. Espero y pido a Dios poder coger y cargar solo muchos de los golpes previstos para la Familia. Pero

todos no los podré cargar. Alístense ustedes para ello. En noble competencia tratemos de ser dignos unos de otros y de ser cada vez más dignos de Dios y de la Santísima Virgen, para que ellos puedan levantar con nosotros el gran edificio que quieren construir. En la práctica, no podemos hacer nada mejor que cultivar, amar y vivir el espíritu de Inscriptio (el amor a la cruz). Pidan para mí ese espíritu como yo lo pido para ustedes y para todas las generaciones futuras (...)

No deben ponerse tristes por causa mía; en primer lugar, porque estoy allí donde Dios me quiere y eso es siempre lo mejor. Además, porque desde aquí puedo servirles y ayudarles mejor que estando afuera. Finalmente, no deben olvidar lo que tantas veces les dijera: no hay lugar más hermoso en el mundo que el corazón de un hombre noble y lleno de Dios. Vean ustedes cuánto me ha regalado el Padre Dios con lugares así. Preocúpense ustedes que su corazón llegue a ser cada vez más noble, más puro, más fuerte y más lleno de Dios. Así, entonces, le preparan a Dios y también a mí un lugar confortable.

¿Y a quién le va mejor en el mundo que a mí? ¿Quién tiene un hogar más bello que el mío, a pesar de la prisión?

El Señor, al emprender el camino de su pasión, rezó: "Nadie me quita la vida, yo mismo la doy porque quiero". Así lo hago también yo: Nadie me quita la libertad, yo la doy libremente, esto es, porque yo lo quiero así. Más exactamente, porque así lo desea Dios. Y mi alimento y mi tarea predilecta es hacer la voluntad de aquél que me ha enviado.

Texto nº VI:
Carta del 9.2.1942

Ahora saben por qué, desde el 20 de enero, estoy interiormente en espera de la libertad, aunque esté también dispuesto a que suceda justamente lo contrario (...) Dios nos quiere enteramente para sí, por medio del heroísmo de las virtudes teologales tal como debe encarnarlas el "hombre nuevo". Y en la actual situación deberán aprenderlas muy concretamente. Mi destino y el de ustedes están unidos indisolublemente desde hace años (...) Ustedes deben crecer a través mío y el crecimiento de ustedes, esta vez, es el precio de rescate por mi libertad. Aparentemente estoy yo en primer plano, pero, visto más exactamente, son ustedes y su crecimiento a lo que apunta Dios. Por cierto su crecimiento es mi alegría y mi orgullo. Somos inseparables en nuestra vida y en nuestro destino. Esto se manifiesta también particularmente ahora ya que, esta vez más que nunca, pueden considerar mi persona como símbolo de toda la Familia.

Estoy aquí por la Familia y mi libertad es libertad para toda la Familia.

CARTAS DESDE NUEVA HELVECIA (URUGUAY)

La unidad inseparable entre el Padre y los suyos habría de crecer aún más y más después de Dachau. Se canalizó en una fuerte "corriente de incorporación y asemejamiento", en los "actos de entrega filial" y de fidelidad solidaria con el Padre y con su misión. Una vez liberado del campo de concentración emprendió sus viajes internacionales a fin de visitar sus fundaciones, de proclamar por todo el mundo las glorias de María e introducir personalmente a los suyos en la corriente de gracias, vida e ideas del 20 de enero de 1942, el segundo hito de la historia de la Familia de Schoenstatt. Dos cartas escritas desde Nueva Helvecia, Uruguay, dan testimonio de ello:

Texto nº VII:

Carta de Agosto de 1947

Estaba previsto en los designios de Dios que ustedes y yo nos perteneciésemos con una profundidad singular. En los planes de Dios nunca debo haber existido sin ustedes, ni ustedes sin mí. Desde la eternidad Dios nos pensó en una Alianza de Amor.

Si Dios lo pensó así, si no me vio nunca sin ustedes, ni a ustedes sin mí, si él no quiere que cumpla mi misión sin ustedes -como tampoco vio a María separada de Jesús-, si él las pensó, desde toda eternidad, como mis ayudantes permanentes en el cumplimiento de mi misión, (...) entonces comprenderán cuán agradecido estoy para con ustedes por haber consentido con esos planes.

Texto nº VIII:

Carta del 27.12.1948

No debemos considerar como algo opuesto la íntima fidelidad y la recia y vigorosa disciplina. Mi principio -aun en las situaciones más difíciles- es no esquivar nunca una dificultad. De lo contrario, me sentiría mentiroso, falso y no me atrevería a presentarme ante ustedes para estimularlas a aspirar hacia lo más alto. Si el hijo quiere pertenecer al Padre, entonces, debe imitarlo no sólo en su interioridad, sino también en la reciedumbre y entrega total.

Fue un acierto extraordinario de la Providencia: estuve constantemente alejado y, sin embargo, siempre estuve con la Familia (...) Una obra grande no puede existir sin abundante derramamiento de sangre, tanto en sentido espiritual como real. Haber recibido una gran misión de Dios es, sin duda, un acto de alentadora confianza, pero, también, un

llamado, un compromiso a un constante morir, místico o real. Semejante vocación no es sólo una alegría sino también una carga divina.

Estas recias acciones -del Padre y de los hijos- expresaron un íntimo entrelazamiento de destinos y nos unieron cada vez más profundamente.

Texto nº IX:

Texto de la época posterior a Dachau

Transcribimos a continuación un texto que corresponde a la época posterior a Dachau del cual no poseemos una especificación más exacta. El Padre Kentenich se refiere ampliamente en él a la solidaridad de destinos:

¡Ustedes no pueden imaginarse cuán intensamente viva estaba en mí, en Coblenza, la responsabilidad por la Familia. Mi lucha por la libertad debía ayudarle a alcanzar la perfecta libertad interior. Y su lucha por esa libertad debía ayudarme a mí a conquistar la libertad exterior. Ambas oraciones : "Séquese mi diestra" y "Mira, Padre, a nuestra Familia", nos muestran esa conciencia profunda. Yo vivía del pensamiento: "todo lo que hago repercute para el bien o para el dolor de la Familia!"... "En ellos repercuten tu ser y tu vida, deciden su aflicción o acrecientan su dicha". No estamos solos: estamos entrelazados en una comunidad. Imagínense un cerro de manzanas. Ahí todo depende de cada una. Si una está mala, puede contagiar a todas las demás. La conciencia de la responsabilidad del uno por el otro es un regalo extraordinariamente grande. Es el símbolo de todo el tiempo de Dachau. Nuestro mutuo y profundo estar el uno en el otro sólo puede comprenderse a la luz de esa seria responsabilidad que tuvimos el uno por el otro, durante todo aquel tiempo difícil.

Entrelazamiento de destinos es la realidad de lo sobrenatural. Esta verdad fue para mí, desde el comienzo del tiempo de la prisión, algo enteramente evidente. Yo tuve esa misma actitud el 18 de octubre de 1941, en el Bunker. Tras mi decisión de sufrir por la Familia, no había ninguna visión sino el simple tomar en serio la realidad del mutuo entrelazamiento de destinos . En Navidad encontré una fórmula en la expresión: "el Milagro de Nochebuena". Viví de la convicción que ustedes podían conquistar para mí la libertad exterior y una buena porción de libertad interior, a través de la lucha por su propia libertad interior. El proceso para llegar a esta decisión no me fue fácil, porque ir a Dachau y separarme de la Familia significaba ir al encuentro de una muerte segura y separarme de toda la Familia. Me significaba separación, una separación para siempre. Con ello ustedes también pueden entender lo grande que siguió al 20 de enero de 1942. Esta fecha representa una cierta culminación del entrelazamiento de destinos. Se me hizo el ofrecimiento de modo que podía declararme enfermo y hacerme examinar. Este era un medio ante el cual no cabía

ningún reparo desde el punto de vista moral y que, eventualmente, podría significar echar atrás la ida a Dachau. Pero yo no lo quería aceptar, porque quería ser libre sólo a través de la lucha por la libertad de toda la Familia. Y además no era seguro que, a pesar de todo, no fuese enviado a Dachau. Pero, en tales situaciones, el hombre se aferra hasta de un palito y por eso significaba un gran riesgo rechazar este ofrecimiento.

Esta dificultad fue salvada a través de la actitud sobrenatural, por medio de la profundización de la lucha por el espíritu de la Inscriptio. No debemos imitar sin más algo de esta naturaleza. Sin embargo, debemos adentrarnos en estos pensamientos, compenetrarnos de esa verdad: "Su esfuerzo por la santidad significa para mí, salvación o desgracia ", y viceversa.

¡Qué difícil fue la decisión para mí! Desde la ventana de la torre las miradas suplicantes y, desde todas partes, las peticiones que me llegaban por escrito para que diese el paso de ir al médico (...) Sí, ésa fue una dura lucha. ¡Cuán humanamente sentí todo aquello! (...) Y, entonces, se hizo vivo en mí el convencimiento: no, esto no lo puedo hacer. Fue un salto mortal para mí y con ello, también, un salto mortal, en cierto sentido, para la misma Familia. Caminaba de un lado para otro en la celda y sabía: no lo debo hacer. Un acto simple y, sin embargo, todo dependía de él. Dejé pasar el plazo convenido y con ello la decisión estaba tomada.

Quería conquistar para ustedes la verdadera libertad. Siempre me consideré a mí mismo como una prenda de rescate para ustedes. El tomar en serio todo esto, por parte de la Familia, debía significar la prenda de rescate para mi libertad: ¡Entrelazamiento de destinos! "La respuesta, compréndela, por favor, a partir de la fe en la realidad del mundo sobrenatural y del entrelazamiento de destinos de los miembros de nuestra Familia"(Ver carta del 20 de enero de 1942).

A través de esta manera de actuar, es decir, a través del hecho de que ahora yo renunciaba a medios humanos, azuzábamos al demonio, pero, también, lo vencíamos. Mi persona está en medio del campo de lucha de dos poderes ocultos: el demonio y Dios.

Este entrelazamiento de destinos está basado directamente en el pensamiento del Cuerpo Místico de Cristo y de nuestro carácter familiar. Si nosotros hemos sido pensados por Dios como una Familia, entonces, mi relación básica respecto de ustedes y la relación de ustedes respecto a mí está definida con claridad. Todo lo que está vivo en una familia puede también hacerse realidad en nosotros.

El entrelazamiento de destinos impulsa hacia la verdadera libertad. ¡Con cuánto vigor ha estado vivo desde el inicio este entrelazamiento de destinos! Al igual que en una verdadera familia: una alianza de amor mutua y perfecta... La perfecta alianza de amor, entre la Familia y la

Santísima Virgen, se expresa también en la perfecta alianza de amor entre ustedes y yo. Yo podía, a través de mi lucha por la verdadera libertad, asegurar para ustedes el gran bien de la verdadera libertad y ustedes podían conquistar la libertad exterior para mí, a través de su lucha por la verdadera libertad. Y podían ayudarme a alcanzar la libertad interior en el grado más alto posible.

Nuestro entrelazamiento de destinos no se basa simplemente en el pensamiento general del Cuerpo Místico. No, estamos vinculados el uno con el otro de una forma enteramente particular, porque fuimos pensados por Dios como Familia. Por eso mi lucha en relación con la renuncia a la libertad exterior a fin de conquistar la libertad interior para toda la Familia. Este entrelazamiento de destinos tiene que llegar a ser una íntima vivencia para nosotros.

Desde entonces, todos ustedes han vivido de ese entrelazamiento de destinos, pero esto debe hacerse aún más intenso en el futuro. Una vez que hemos asumido esta corriente de vida, entonces, las oraciones de Dachau llegan a ser expresión de nuestro propio pensar y sentir.

¿Se dan cuenta del poder que entraña el entrelazamiento de destinos? En la carta del año nuevo, se considera la Familia como una realidad dada por Dios. Esta realidad exige de nosotros la total entrega a la Familia y, a través de ella, a Dios Padre (...)

Muchos miembros de la Familia han sellado una alianza conmigo. Siempre quisieron ayudarme cuando yo estaba en dificultades. Yo también podía valerme de ustedes, podía recurrir a su sufrimiento, a su esfuerzo por la santidad. ¿No nos sucede lo mismo también a nosotros? No queremos ser un número; quisiéramos significar algo para otra persona. Recuerden cómo Dios nos preservó de tantos golpes mientras yo sufría por ustedes en la prisión, y viceversa. ¡Cuántas de nuestras Hermanas querían sufrir o soportar una y otra cosa para que yo no fuera maltratado, para que yo no sufriera tanto frío, para que otros fueran buenos conmigo (...)

Consideren ahora los efectos que tuvo este entrelazamiento de destinos. Muchas cosas me fueron duras. Pero valía la pena que yo conquistara lo arduo, porque, a través de eso, podía aumentar el buen espíritu en la Familia. "Tu ser y tu vida..." Tenemos que compenetrarnos, cada vez con más hondura, de la conciencia de responsabilidad del uno por el otro.

Las dos oraciones que mencionamos más arriba representan una muestra de lo esencial de la vida al interior de toda la Familia, durante aquella época: ¡Tan estrechamente unidos estábamos, entonces, el uno con el otro, con cuanta seriedad y profundidad penetró todo esto en la hondura del alma! En contraposición con esto, comparen el tiempo actual

que desconoce la responsabilidad del uno por el otro: todo no es sino puro egoísmo.

Nuestro entrelazamiento de destinos es orgánico. San Agustín nos lo muestra en forma gráfica. Se imagina a un viajero que camina descalzo. Se clava una espina. Entonces todos los miembros inmediatamente se disponen a alejar este mal. El ojo mira, etc. Esta es la verdadera responsabilidad del uno por el otro.

Por primera vez ayer celebramos juntos el 18, día de la alianza. Y, entonces, la doble atadura de la alianza de amor envolvió más fuertemente nuestra alma. Pudimos profundizar aún más hondamente nuestro mutuo entrelazamiento de destinos. Pienso en esas sencillas palabras que en forma clara ejemplarizan que, tanto ustedes para mí como yo para ustedes, somos mutuamente responsables. Esta alianza de amor no debe romperse ni destruirse. Tal como, en el orden natural, el Padre y el Hijo están unidos el uno con el otro, así vivimos nosotros -y en forma aún mucho más profunda- el uno en el otro. Pídanle hoy día a la Santísima Virgen ese auténtico espíritu comunitario" (...)

Texto nº X:

Plática en el Santuario de Bellavista (31.5.1949)

El 31 de Mayo de 1949 marca el tercer hito decisivo en la historia de Schoenstatt. El carisma del Fundador va a ser probado a fondo por la Iglesia. Los reparos del visitador apostólico se centraron en la persona del Padre Kentenich y en la mutua relación que existía entre éste y los suyos. El expone valientemente y con entera franqueza y objetividad (en una carta dirigida a los obispos alemanes) lo que estima ser un don extraordinario de Dios para la Iglesia. A la vez proclama, desde el Santuario de Bellavista, una cruzada por el pensar, vivir y amar orgánicos y encomienda a la Santísima Virgen la victoria de la cruzada emprendida por amor a ella. Cuando ofrece a María su respuesta al visitador apostólico, pronuncia en el Santuario una memorable plática en la cual expresa el espíritu que lo anima y lo que él se siente llamado a defender:

La Santísima Virgen nos ha regalado el uno al otro. Queremos permanecer recíprocamente fieles: el uno en el otro, con el otro, para el otro, en el corazón de Dios. Si no nos reencontrásemos allí, sería algo terrible. Allí debemos volver a encontrarnos. No deben pensar: vamos hacia Dios, por eso debemos separarnos. Yo no quiero ser simplemente un señalizador de la ruta. ¡No! Vamos el uno con el otro, y esto por toda la eternidad. Cuán errado sería ser sólo señalizador en el camino. Estamos el uno junto al otro para encendernos mutuamente. Nos pertenecemos el uno al otro ahora y en la eternidad; también en la eternidad estaremos el uno en el otro. ¡Este es el eterno habitar del uno en el otro propio del amor! Y,

entonces, permaneciendo el uno en el otro y con el otro, contemplaremos a nuestra querida Madre y a la Santísima Trinidad.

Texto nº XI:

Jornada de Octubre de 1950

En la Jornada de Octubre del año 1950, el Padre Kentenich explica ampliamente el contenido del "Jardín de María", el cual condensa la riqueza de la corriente de gracias, de vida y de ideas que surgió en torno al 20 de enero. En él se destaca la indisoluble unidad de destinos y el sentido profundo de la solidaridad entre el Padre y la Familia:

Quiero darles ahora una breve interpretación del "Jardín de María ". Una explicación respecto al tipo de alianza que se simboliza en él, una explicación sobre el grado y la forma de la alianza (...) Decimos esto en forma sobria, pero lo que mencionamos, lo que expresan esas palabras, es una vida bullente.

1. El tipo de alianza:

- a. una alianza de amor entre el cielo y la tierra, entre nosotros y nuestra querida Madre;
- b. una alianza de amor que se ha sellado de modo expreso entre la cabeza supratemporal de la Familia y su séquito, (entre los superiores y la comunidad);
- c. una alianza de amor mutua de los miembros entre sí;
- d. una alianza de amor entre la Familia y Vicente Pallotti.

2. El grado de alianza:

- a. una alianza de amor perfecta en relación a la actitud;
- b. una alianza de amor perfecta en relación a los hechos que la manifiestan.

Tendría que demostrarles cómo esta alianza de amor despertó el más alto idealismo, sobre todo, cómo despertó la mutua conciencia de responsabilidad del uno por el otro y en relación a la cabeza de la Familia que en ese momento se encontraba en peligro. Por esto hablamos de una alianza de amor perfecta no sólo en cuanto a la intención sino también respecto a su manifestación en los hechos (...)

3. Sobre la forma de la alianza:

También la forma de realizar la alianza es original: se hizo en comunidad. Las Hermanas no trepidaron en desarrollar vivamente en ellas esta conciencia: nos pertenecemos la una a la otra y juntas pertenecemos a la cabeza de la Familia. Más tarde esto se llamó "acto filial". Es decir:

¡hay que salir de la cárcel del individualismo! No quiero tener yo solo esta vivencia, sino que queremos tener como comunidad la experiencia de comunión con la cabeza de la Familia. Estas cosas son mucho más trascendentes de lo que expresan estas sobrias palabras. Por eso, quien se incorpora ahora en el Jardín de María debe aspirar a que los distintos cursos y comunidades crezcan hasta alcanzar esta altura; que se incorporen y pongan a la altura de esta entrega.

¿Tienen con esto una explicación suscita respecto a las características de la alianza? ¿Se dan cuenta que con esto tienen ante sí el núcleo de la nueva comunidad, es decir, esa conciencia de responsabilidad extraordinariamente profunda tanto del uno por el otro como también en relación a la cabeza de la Familia? Una conciencia de responsabilidad que se traduce en una fuerza que nos apremia e impulsa a la realización de hechos, de actos de amor fraterno, actos de vencimiento de sí mismo. Es la alianza de Inscriptio en todas las direcciones (...)

Con esto hemos tocado un segundo pensamiento: ¿Qué significa la expresión "Jardín de María"? Es un jardín de pequeñas Marías que llevan a Cristo, que dan a luz a Cristo y que, en y con Cristo, constantemente giran en torno al Padre. Ahí tienen ustedes una síntesis de toda la metafísica, allí están resumidos todos los grandes pensamientos que se han investido de una imagen: un jardín en el cual sólo crecen pequeñas Marías, pero pequeñas María justamente como recién las hemos caracterizado: que llevan a Cristo, que dan a luz a Cristo y que, en y con Cristo, giran constantemente en torno al Padre (...)

¿Qué se destaca, en este momento, como algo de especial importancia para nosotros?

Primero, la pequeña María debe hacer suya la relación con Cristo. Todo lo grande que hemos conversado en estos días, toda la dinámica del corazón de la Santísima Virgen que fluye como una cascada hacia Cristo, también debe poseerlo la pequeña María. Si no lo posee, si tiene su faz vuelta solamente hacia los hombres, entonces, no es esa María que da a luz a Cristo y que es portadora de Cristo.

En segundo lugar, no pensemos que hemos captado la plenitud del cristianismo si es que no vamos con Cristo y en Cristo hacia el Padre. Tenemos que girar en torno al Padre. El Padre es lo último. Y nosotros tenemos, en Schoenstatt, la gran tarea, la gran misión, entre muchas otras, de salvar la vivencia del padre. Aquello que es especialmente atacado en el tiempo actual debe ser destacado hoy de modo especial (...)

Poco a poco debo traer a la conciencia el pensamiento de la vicariedad. ¡Con cuánta claridad y nitidez se encuentra este pensamiento en todo lo que hemos señalado! Siempre me he considerado a mí mismo como representante de toda la Familia. Observen cómo estas cosas,

aparentemente insignificantes y evidentes, de pronto adquieren dimensiones ilimitadas. Leeré aún algunos trozos de las cartas de Coblenza, en cuanto es necesario para aclarar las ideas que expongo:

"Mi estar aquí en la prisión es para ustedes una prueba más grande que para mí. De modo semejante como mi destino es el de la Familia" (26.12.1941).

Siempre me he considerado como representante de toda la Familia. Dicho sea de paso, esto no tiene que resultarles extraño, pues pertenece a la metafísica del carácter de todo jefe. Tampoco debe parecerles una exageración si me refiero a Abraham. ¿Acaso no fue el destino de Abraham el destino de todo su pueblo? ¿No se consideró a sí mismo como representante de todo su pueblo? ¿Y acaso no valía lo que Dios le decía a él, en forma vicaria para todo el pueblo judío? En realidad esto pertenece de suyo a la metafísica de toda jefatura.

"Yo no estoy aquí por mi culpa o por una imprudencia sino por la Familia, tanto en el sentido estricto como en el sentido amplio. Por eso, la Familia está prisionera conmigo y en mí" (25.12.1941).

¡Carácter representativo, carácter simbólico! Podrán decir quizás que es una autoglorificación considerarse a sí mismo y a su propia persona conscientemente como un símbolo. Puede ser, yo solamente constato hechos.

"La lucha en torno a mí y conmigo es la lucha del demonio contra la Familia. Piensen en Job. Por eso, mi liberación significa también la liberación de la Familia" (22.12.1941).

"Tal como veo las cosas, me parece que por el momento el poder del demonio ha sido vencido en la Familia (...) Pueden considerar mi destino como símbolo del destino de la Familia" (12.1.1942).

Así podría continuar indefinidamente. Este era el mundo en el que se vivía en aquel entonces. El núcleo de la Familia y de la nueva comunidad es el profundo enraizamiento y entrelazamiento de uno con otro y con la cabeza de la Familia. Tenemos que mantener firme esa profunda unidad de destinos. Debemos estar íntima y profundamente unidos a la cabeza. Esta es la esencia de la comunidad: ese profundo e íntimo entrelazamiento de destinos de unos con otros.

Me parece que con esto he explicado suficientemente lo que quiero decir cuando nos referimos al carácter vicario. Es algo que debería darse en todas partes. La esencia de una auténtica comunidad es esa profunda fusión espiritual con la comunidad (...) El profundo entrelazamiento de destinos basado en el orden de ser sobrenatural. Una vez más, el orden de ser objetivo: si Dios nos ha pensado como familia, quiere decir entonces

que nuestros destinos están entrelazados. Es semejante a un parentesco de sangre. En el pensamiento de Dios existimos como familia. Entonces, de acuerdo al orden de ser, nuestros destinos están entrelazados. ¿Qué se deduce de ello? Que debemos sentirnos plenamente responsables el uno por el otro. Observen cómo esta conciencia de mutua responsabilidad se ha ratificado gozosa y solemnemente una vez tras otra en los últimos años. ¿Qué se pretendía? Se nos quería separar, aniquilar. Sé, de fuentes fidedignas, lo que quería lograr la Gestapo. Se pretendía descartar la cabeza partiendo del pensamiento de que si se aniquila la cabeza se dispersa la grey, y nada anudó tan fuertemente el lazo de mutua pertenencia como estos obstáculos y adversidades.

(...) Por eso la indicación: "entiendan mi decisión a partir de la fe en la realidad del mundo sobrenatural y del entrelazamiento de destinos de los miembros de la Familia entre sí".

¿Qué significa la realidad del mundo sobrenatural? Visto sobrenaturalmente formamos una verdadera familia, yo y mi séquito, mi séquito y yo. Si en el plan de Dios representamos realmente una verdadera familia, entonces, nuestros destinos están entrelazados los unos con los otros y, a saber, sobrenaturalmente entrelazados. Esto significa en la práctica que los sacrificios, que ofrezca mi séquito por mí, son una realidad que es tomada por mí como tal y que tiene sus efectos; y viceversa, los sacrificios que yo realizo por la Familia son un medio para salvar a la Familia, un medio más valioso que si toda la Gestapo hubiese estado de mi lado.

¿Pueden palpar la extraordinaria fuerza de esta orientación sobrenatural? Yo no quería medios naturales para ser libre; yo no quería recurrir ni al médico ni a la Gestapo. Dicho sea de paso, las Hermanas habían llegado hasta la Gestapo. ¡Vean hasta dónde llegaron! Llegaron hasta Hitler y Himmler. Entonces, yo aclaré: no quiero esto, no quiero los medios humanos. Sellamos una alianza con la Santísima Virgen y eso es una realidad. Si ahora cumplimos la exigencia de vivir la Inscriptio unos por los otros, éste será el medio a través del cual yo alcanzaré la libertad (...)

Si meditan el intercambio de cartas escritas desde la prisión, podrán constatar que, desde el 20 y 22 de enero, todas las cartas están inspiradas por una vigorosa victoriosidad y expresan la seguridad de que iba a ser puesto en libertad. ¿En qué se basa esta seguridad sobrenatural? Se basa en la convicción de que Dios tiene nuestras vidas en sus manos, pero también, al mismo tiempo, en que se ha cumplido la condición: la mutua Inscriptio. Se trataba de una seguridad sobrenatural, que siempre estaba unida con la inseguridad humana. En primer lugar, porque aquí se trata de una seguridad en la fe y toda seguridad en la fe está unida a una inseguridad. Esto pertenece a la esencia de la fe. Y, en segundo lugar, porque en este caso la inseguridad era tanto mayor pues no se trataba sólo de mi persona sino de toda la Familia. En aquel entonces, la

conciencia de responsabilidad y el entrelazamiento de destinos de unos con otros eran tan profundos que yo me decía: la salvación de la Familia depende de mí; pero, también, mi salvación depende de la Familia. Esta es la imagen ideal de la nueva comunidad: ese sentimiento extraordinariamente profundo de mutua responsabilidad que, incluso, hace dependiente la vida de unos y de otros entre sí" (...)

Texto nº XII:
Crónica de 1955

Como consecuencia de la visitación apostólica el Padre Kentenich es separado de su Familia y enviado al exilio en Milwaukee (USA). Allí debió permanecer durante largos catorce años en obediencia a la autoridad eclesiástica del Santo Oficio. Durante todos estos años se acrisoló y creció aún más la unidad y solidaridad de destinos entre él y la Familia. El fundador da prueba de la autenticidad de su carisma y fidelidad a la Iglesia. En 1955, comentando en una crónica el estudio del P. Alex Menningen "Fundador y Fundación", expresa lo siguiente:

El estudio del P. Menningen me recuerda nuevamente que no tengo el derecho de contemplar y tratar mi historia espiritual como un secreto personal, sino que debo considerarla como bien común de la Familia. La razón es que toda la historia de la Familia es, según se puede comprobar, una prolongación y repetición de mi propia historia espiritual (...)

El hecho de que en toda la historia de la Familia yo nunca aparezca solo, debe considerarse como una especie de dogma. Por una parte, aparezco solamente en la más viva unión con la Santísima Virgen y, por otra, en la más entrañable vinculación con los míos. Por eso debo decir con todo derecho que el lema "nada sin ti" en mi caso se refiere no sólo a la Santísima Virgen sino también a mis seguidores. De aquí que, en el sentido indicado, todo lo realizado es una obra común. No fue de manera casual o accidental, o por meros motivos tácticos, que utilicé la vida espiritual de mis seguidores como fuente de conocimiento y campo de cultivo. No, siempre esto ocurrió en la conciencia plena de un plan divino. Tampoco se trata sólo, o ante todo, de una comunidad de trabajo. La base fue siempre una amplia comunidad espiritual: un peculiar estar espiritualmente el uno en el otro, con el otro, para el otro. Por lo tanto, un proceso vital de una extraordinaria fuerza creadora. Desde el inicio fue así (...) No figuro en la Familia como individuo aislado sino siempre como cabeza de la Familia. Se podrían enumerar incontables pruebas de esta íntima comunión e identificación entre mi historia espiritual y la historia de la Familia.

Texto nº XIII:
Carta del 17.1.1955

En una carta de ese mismo período, el Padre Kentenich destaca la "bi-unidad" con su obra y cómo ésta fue creciendo y manifestándose a lo largo del tiempo. El cambio de actitud después de Dachau, es decir, el hecho de ponerse él más conscientemente en el centro de la Familia y las razones que lo impulsaron a ello muestran al hombre que no busca su propio interés sino, por sobre todo, cumplir con los planes de Dios.

Siento que, tarde o temprano, mi deber es descorrer el velo que cubre el misterio de mi alma. La Familia tiene derecho a ello, en tanto y en cuanto todo el Movimiento, en sus características y dimensiones espirituales propias, es una prolongación de mi propio yo. Debo agregar que esto fue así sólo en tanto yo constantemente acogí en mí y elaboré creadoramente el rostro espiritual de mis colaboradores, de tal modo que aquí se puede constatar una singular bi-unidad espiritual.

La consecuencia es que, en realidad, no puedo ni debo hablar más de "mis" secretos. Mis secretos son, en lo más profundo, los secretos de la Familia. Es por eso que ella tiene derecho a conocerlos reflexivamente y a profundizarlos espiritualmente.

Creo que soy tan libre ante mi propia persona que, sin más, puedo hacer ambas cosas: ya sea dejarla en las sombras, o bien exponerla o permitir que sea sacada a luz. Lo primero se dio cuidadosamente hasta Dachau. En un principio no permití fotografías o, cuando no se podían evitar, que se hicieran copias y que éstas circularan. El motivo de esta actitud es similar a lo que ocurre en la historia de la devoción mariana: la obra de Dios debe ser puesta, como corresponde, claramente en primer plano, independientemente del instrumento usado.

Después de Dachau tuvo lugar un cambio, que no fue casual sino promovido conscientemente. Las razones de este cambio ya fueron expuestas en otro lugar: Se trata de las dimensiones gigantescas de la obra, de su continuo crecimiento y pleno desarrollo, cuya existencia y fecundidad -junto a otros elementos importantes- exigían un centro personal cultivado conscientemente. Y, asimismo, según la manifiesta voluntad de Dios, la necesaria incorporación orgánica y jurídica de la Familia -como *acies bene ordinata*- en la estructura general de la Iglesia; y, por último, la necesidad de conducirla en medio de la lucha espiritual en esta época de transformación radical del mundo y de la Iglesia (...)

Desde Dachau, especialmente desde 1947, fue evidente para mí que el desarrollo debía ir esencialmente en esa dirección, como luego lo comprobó la historia.

Por eso, la aceptación de los actos de fidelidad no significó para mí en absoluto una mera complacencia personal. Para mí, equivalían a dar el sí a un Via Crucis que debía llevarse a cabo en sus catorce estaciones.

Sucedió todo de tal manera que nada me sorprendió, sino que, por el contrario, me alegraba de los clavos, los golpes de lanzas y las espinas que me alcanzaban.

Texto nº XIV:

De una plática del año 1963

Este texto, tomado de una plática del Padre Kentenich, nos muestra el contexto en el cual él siempre consideró la solidaridad de destinos con los suyos y la trascendencia que le atribuye en el marco de la historia de la Iglesia. Nuevamente aparece la tarea que él deja a la Familia en este sentido.

Dios está en todas partes. Es el Dios poderoso, el Dios bondadoso, el Dios sabio. Es él quien tiene las riendas en la mano. Ante sus ojos, tiene como meta crear una sociedad antifeudalista.

¿Comprenden lo que quiero decir? Esta es la gran tarea del tiempo actual: romper con el feudalismo. Esto era lo que quería evitar el pueblo israelita con la elección de un rey, con la instauración de la monarquía; lo que llegó a convertirse en un gran peligro: de allí surgió un sistema estatal feudal.

¿Qué significa esto? Un estado de clases. Un estado de clases, esto es, de oposición entre las diversas clases: nosotros diríamos entre las castas. Es algo natural que se implante una jefatura allí donde surge un estado, una comunidad; pero una jefatura que esté cercana al pueblo (...)

Por eso hablamos con tanto gusto de solidarismo. Estas son las grandes preguntas que mueven el tiempo actual. No sé si han leído lo que escribí en 1948 (Alude a la "Carta de Nueva Helvecia"). Allí nos referimos a la gran visión del futuro del bolchevismo. No tenemos que pasarlo por alto. La visión del futuro implica una meta histórica y un sentido histórico: acabar con las castas; una cierta igualdad, libertad, fraternidad. En la perspectiva de la Santísima Virgen - de su Magnificat - tenemos que considerar todo esto en primer lugar en relación a Dios: ante Dios somos como criaturas, como sus hijos, como miembros de Cristo, semejantes e iguales unos a otros. ¡Solidarismo!

Pero con el tiempo, este solidarismo tendría que mostrarse también entre los pueblos y las naciones, en cada auténtica y recta comunidad.

Desde este punto de vista, quisiera llamar la atención sobre la tragedia -quizás podríamos expresarlo así- que significó Constantino para la Iglesia. Digo "tragedia", al menos desde un determinado punto de vista. ¿Cómo era la situación antes? (...) ¿No estaba orientada la Iglesia en forma más fuertemente democrática? No en el sentido que no se hubiese

dado en ella una jefatura, sino que existía en la Iglesia un sentido interior de mutua pertenencia: había solidaridad. Entonces, el jefe, la jefatura, el sacerdocio, los obispos, mantenían un estrecho contacto con el pueblo. Ahora bien, a través de Constantino, el sacerdocio, y especialmente el episcopado, se constituyeron en un estado propio. Entendámonos bien, esto habría sucedido de todas maneras -donde hay una comunidad, allí también debe haber un jefe- y que los jefes constituyan luego una cierta comunidad, es evidente. También nosotros siempre hemos hablado de una comunidad de jefes y de una comunidad de padres. Pero éstas no deben constituir una casta por sí mismas. ¡Cuán hondamente ha dañado todo esto a la Iglesia en el correr de los siglos y de los milenios! Tenemos que entender cómo se percibe hoy en día -también en círculos católicos- el hecho de que la Iglesia se identifica con esta casta superior... Esto se daba incluso, hasta hace poco, en Baviera, donde los obispos eran elevados al estado de la nobleza... Con ello también quedaban obligados ante el estado.

Y ahora, la gran perspectiva. Esto es lo que quiere realizar el bolchevismo y el socialismo, lo que a nosotros hasta el momento apenas nos ha resultado. Ciertamente conocemos el solidarismo y los grandes ideales del cristianismo en esta dirección, pero la supresión de la institución de las castas, el acercamiento de los diversos estados, de los más altos y de los más bajos, en la práctica, nos ha resultado tremendamente poco.

Aquí cobra valor nuevamente una gran ley conocida por nosotros, que san Agustín formulara así: *Utamur haereticis*... Quiere decir, entonces, que debemos utilizar y aprovecharnos de los enemigos de la Iglesia. En parte, ellos quieren lograr aquello que nosotros debíamos realizar, pero que no hemos logrado hacer. De suyo esto constituye un escándalo. Pues deberíamos tener tanta fuerza vital, a partir del interior de la Iglesia, como para poder solucionar todos los problemas. Y esto por un impulso y poder ulterior, y no porque otros nos incendian y queman la casa, reduciéndola casi a cenizas.

(...) Con esto se arroja una fuerte luz sobre el modo cómo tenemos que darnos como superiores, como autoridad. En el concepto de "padre", encontramos expresado en forma clásica lo que debemos y queremos hacer: estar unidos solidariamente el uno con el otro. Este es el auténtico solidarismo; no se trata de un tipo de socialismo ni tampoco de comunismo. Solidariamente estamos unidos y atados el uno con el otro, el que está a la cabeza y la comunidad.

Si es verdad que tenemos una gran tarea para la Iglesia en las nuevas playas, (...) entonces no podemos darnos por contentos sólo con las ideas. Tenemos que comenzar venciendo este orgullo de casta o el trato de casta en nuestro medio; digo intencionalmente "de casta", ustedes entienden lo que quiero decir (...) Solidarismo entre las diversas ramas,

entre los Institutos, las Federaciones y la Liga (...) Esto significa que queremos anticipar la sociedad ideal. No sólo en lo espiritual, sino que, también vitalmente, en cierto sentido, incluso, en el plano económico.

Texto nº XV:

Alocución durante el almuerzo (Roma, 16.11.1965)

Han transcurrido cincuenta y tres años desde que el Padre Kentenich dijera a los jóvenes en su primera plática programática: "no haré nada, absolutamente nada, sin su pleno consentimiento". Cincuenta y tres años desde que él les manifestara la íntima disposición de su alma: "Sobre todo les pertenece mi corazón". Toda una historia, henchida de realidad, plena, fecunda y probada, ha confirmado sus palabras. De regreso del exilio de catorce años en Milwaukke, el Padre Kentenich puede gozar el triunfo de Dios junto a los suyos. Les dice:

El segundo "dogma schoenstattiano": En Schoenstatt nada se gestó, absolutamente nada, sólo por mí. No deben tomar esto como una frase hueca sino como un "credo". Parecerá algo increíble cómo nuestros corazones laten uno en el otro. Ya se trate del corazón de un hombre, un niño, una niña, una mujer o un obispo; es sólo un mismo corazón. En el fondo muchos corazones pero un solo latido (...)

Cuando mencionan mi nombre se mencionan ustedes mismos. Cuando pronuncio o escucho su nombre, pronuncio o escucho mi nombre. Creo que es simplemente así: todo lo realizado en Schoenstatt es una obra hecha en común (...)

¡Qué hondamente misterioso es ese sentimiento de íntima y mutua pertenencia, de estar interiormente entrelazados, de estar arraigados el uno en el otro, con el otro, a través del otro!

Schoenstatt es un misterio. El misterio de Schoenstatt no es sólo el misterio de la bi-unidad entre la Familia y la Santísima Virgen, o entre la cabeza y los miembros sino, también, el misterio de la bi-unidad de los miembros entre sí (...)

Todos somos co-fundadores. Deben tomar esto muy en serio. No aceptaría en absoluto que me llamasen Fundador si ustedes no se considerasen co-fundadores.

Epilogo

Dios se ha mostrado poderoso en su Providencia; María ha cuidado perfectamente y obtenido la victoria. La solidaridad de destinos brilla ahora como don y tarea. Este espíritu es el que el Padre Kentenich defendió el

31 de Mayo de 1949 y por el cual llamó a emprender la cruzada del pensar, amar y vivir orgánicos; es el espíritu que debe animar a la Iglesia-Comunión, a la Iglesia en la nueva ribera... "Lo que heredamos de nuestros Padres debemos conquistarlo para poseerlo".

Estoy tan íntimamente ligado a los míos,
que yo y ellos nos sentimos siempre un solo ser:
de su santidad vivo y me sustento
y, aun, gustoso estoy dispuesto a morir por ellos.

Estoy tan entrañable
y fielmente unido a ellos,
que desde dentro una voz me dice siempre:
En ellos repercuten tu ser y tu vida,
deciden su aflicción o acrecientan su dicha.